

igualmente que existe más abundancia en medio de la muerte que por parte del clérigo.

Tercera parte: La sátira

El vino trae consigo el goce, la felicidad, el deleite; el desdoblamiento del sujeto que termina por dejar salir sus deseos reprimidos. El vino siempre esta acompañado de la risa y la crítica.

Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso, mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero día me vino la terciana derecha. Y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía: «¡San Juan, y ciégale!» (Anónimo, 2012, p.39)

Primero muestra la avaricia de sus amos a quienes les gustaba más el vino que el agua y todos compartían una particularidad, el engaño, la crueldad en el trato al mozo que les servía. El clérigo, por ejemplo, que era un bebedor constante y mentía para beber aún más solo sin compartir; o el caso del militar que resultó siendo no solo un desertor sino todo un cobarde.

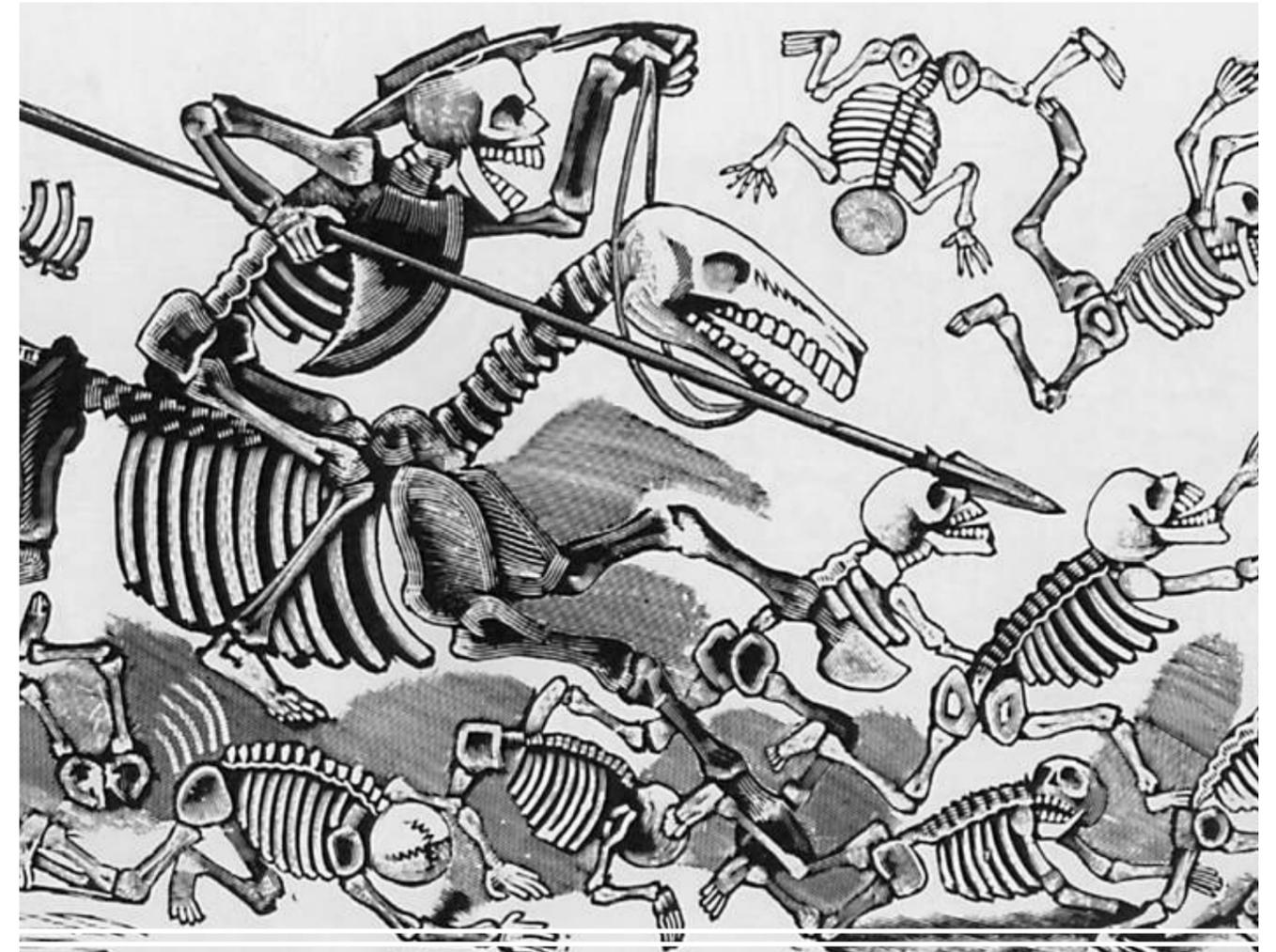
El vino es el amigo del sabio y el enemigo del borracho. Es amargo y útil como el consejo del filósofo, está permitido a la gente y prohibido a los imbéciles. Empuja al estúpido hacia las tinieblas y guía al sabio hacia Dios

El vino da paso al refrán, a la libertad del sujeto de comportarse sin la presión de las cadenas de lo ético o lo moral. Finalmente, en el banquete se encuentra al hombre con sus refranes y al puñetero; quienes no se aferran al

conocimiento que proviene de los libros sino que se apoyan en su juicio que se desprende las experiencias. Esta es la razón por la cual Baudelaire aconseja mantener siempre ebrios: “de vino, de poesía o de virtud”, pero siempre ebrios como un escape de la realidad espacio temporal.

Referencias

- Anónimo. (2012). Lazarillo de Tormes. Bogotá: Libro al Viento. Nehuen, T. (febrero de 2017). Omar Khayyam y las virtudes del vino. Obtenido de Poemas del alma: <https://www.poemas-del-alma.com/blog/especiales/omar-khayyam-las-virtudes-del-vino>



¡El Quijote ha muerto!

Helen Hernández Páez

El Quijote ha muerto, sentí luego de leer las afligidas letras con que finalizó Miguel de Cervantes Saavedra la quijotesca vida de Alonso Quijano. Pues ¿Quién más honesto, más gallardo, más valiente y más cortés que el valeroso Hidalgo? ¿Quién escudero más fiel, discreto e imprescindible que Sancho Panza junto a su jumento? Sino, dígame ¿Quién vuela en un caballo de madera, o ve una embarcación en la orilla de un río y lo toma por mar? O ¿quién,

más ahora en este siglo que, triunfando la molicie y la arrogancia se enamora y escribe cartas? Nadie, puesto que no hay ya caballero que duerma en los campos armado de pies a cabeza, no hay quien posea un rocín, una lanza, un escudo y pretenda portarlas. ¡No! Cierro los ojos y Don quijote no está, con él se enterraron las grandes empresas, sobre todo la más humana, la más noble de todas: la literaria.

La vida de Alonso Quijano fue la infinidad de páginas que devoró sobre libros

apolillados de autores burlados de novelas de caballería, con los cuales se convencía de ser el ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Por ello, le tildaron de loco. Nadie creía enfrentar al famoso Amadís de Gaula, ni sentía invencible a Roldán, ni se atrevía a acometer peligros como Felixmarte de Hircania; pues, ¿Por qué creer en personajes sacados de una ristra de palabras cuando existen los de carne y hueso? Sólo tú, honorable caballero lo hiciste, que a pesar de no pertenecer a aquel tiempo y mundo conjuraste mandrágoras, hechiceros, derribaste gigantes y ejércitos completos, dado que leíste desde lo recóndito de las entrañas sin darle trascendencia a que no te tomaran por cuerdo ¡Qué importa! De todas maneras proseguiste con tu empresa. No obstante, ¿Hoy quién lee como leyó el caballero de la triste figura? La muerte del Quijote no sólo devela el deceso de un personaje emblemático, también dilucida la sepultura de la lectura, la palabra y la literatura.

La muerte del Quijote es a su vez la muerte del gran lector. Las lecturas que emprendió aquel desfacedor de agravios y enderezador de entuertos tuvo el declive con su llegada a Barcelona. Las grandes construcciones, la aglomeración de personas y el vértigo del tiempo lo empujaron al abismo. Allí, descubrió que fue inane trepar montañas, caer en cuevas y habitar castillos, dado que, la metrópolis engendró y dio a luz un nuevo lector que aplastó y oprimió a ese a quien tomó por vida la lectura. ¡Y hay quienes llaman a esto progreso! Este nuevo lector el cual anda despreocupado por las calles desplazándose

con ligereza; hundió el vientre del intrépido caballero, le inclinó su lánguido cuerpo hasta encorvarle el espíritu, pues le enseñó lo insignificante que se es frente al mundo y lo estéril que resulta emprender empresas espirituales. El lector que nace luego de la muerte del Quijote se encuentra despojado de pasiones, no desea; es siempre un lector de apariencias y somero, al fin de cuentas, un “no lector”.

Don Quijote en sus múltiples salidas se topó precisamente con aquellos “no lectores”; por ello, más que aventuras, desafíos y batallas caballerescas, sus salidas fueron en el fondo la recuperación de valores que estas personas han degradado. ¿Y qué halló? Burlas, simulacro. Un “no lector” convierte todo lo que lee en espectáculo, y en ello se redujo la vida del caballero andante y su escudero: puro entretenimiento. De esa puesta en escena montada por la Duquesa y su esposo fue más víctima Sancho que Don Quijote, dado que el valeroso Hidalgo se tomaba en serio eso que creía, Sancho no. Él fue el desgobernador barataro del que todos se mofaron, el objeto de burla que arrastraron; su ignorancia fue castigada con crueldad, su aspecto físico ridiculizado; estúpido era por palabras hechas retahílas de refranes que mencionaba e imbécil por esos azotes que prometió darse. ¡Pobre Sancho! Cuanto padeciste el verdadero rostro de la humanidad.

En cambio tú, Don Quijote, lo padeciste con el “Caballero de los Espejos”, “el Caballero del Bosque” y finalmente con aquel que se hizo

llamar “el Caballero de Blanca Luna”; aquel que se propuso liberar al caballero de la triste figura y al mundo de su locura. Todo lo que no se adaptó a la cordura de este y a su manera de razonar fue, a sus ojos, insignificante, propio de alguien torpe, tarado. La empresa que emprendió el tartufo caballero consistió mediante el engaño y la cercanía, el conocimiento y valiéndose hasta de la misma literatura, aniquilar el espíritu caballeresco que habitaba en la vida de Don Quijote. Así padeciste ese rostro, que hizo de ti, el más desdichado caballero.

El Caballero del Bosque que aparece en la historia como alguien intrascendente se hizo ver igual que el Cura y el Barbero, amigo del Quijote, por ello supo cómo derrotarlo. Sabía que era en vano decirle que no enfrentaba a un ejército sino un rebaño de ovejas; que no liberaba menesterosos en manos de malvados sino galeotes condenados. Lo supo, puesto que estuvo cerca, así, dio cuenta de los gustos

y debilidades, virtudes

y defectos que acompañaban al ingenioso hidalgo. Esto fue posibilitado a su vez por la influencia literaria con la cual contaba. El caballero de la Blanca Luna también fue un lector de novelas de caballería, conocía las historias de Orlando el Furioso, Palmerín de oliva y Amadís de Gaula. A través de ellas supo qué valores portaba un caballero, cómo perseguían las victorias y asumían las derrotas, por tanto, los parlamentos que pronunció, retos y armaduras correspondieron fielmente a todo lo que implicaba ser uno. Y a esto se debe la derrota del Quijote; a él debía vencerlo un caballero, solo que, en esta batalla el ganador, fue un impostor.

El Caballero de la Blanca Luna estudió, observó y analizó a Don Quijote, aplicó elementos que en las condiciones actuales corresponden al estudio científico, en un sentido más amplio, encarna: la razón. No es ingenuo la alusión de su nombre con los espejos o que en su escudo portase una luna, no negra, no azul si no blanca; blanca refulgente, que



iluminándolo, lo encegueció. Reflejos que resplandecieron en los que el valeroso caballero miró y no se vio, no se halló pues la luminosidad le divisó fue a Alonso Quijano. Por eso te moriste Don Quijote, la razón te venció, confutó tu espíritu, magia y locura y provocó que aborrecieras la lectura y la literatura. Sin embargo ¿Quién te dijo, caballero de la Blanca Luna, que el caballero de la triste figura y el mundo necesitaban de su cura? ¿Por qué por loco tomaste aquel que descendió a la cueva de los Montesinos y no abriste, por lo menos la posibilidad de pensar en ti? ¿Por qué no creer que eres tú, él que carece de cordura? ¿Quién te dio ese derecho? ¿Acaso te creíste Dios para imponernos esa salvación?

La literatura luego de la muerte del Quijote carga una lápida, lleva el peso y la marca que incrustó la razón. Las palabras se disolvieron recubriéndose con una mirada de desprecio. Cuando muere el ingenioso hidalgo la literatura deja de ser vital y experiencial para convertirse en un objeto frío y banal que en gran medida y en mayor proporción se confina en las academias, puesto que, de la misma forma que diseccionó: analizó y observó dicho caballero al Quijote, allí los (no) lectores abordan un libro. Leen una obra como esta para desarrollar núcleos temáticos, para investigar cómo se desarrolla la locura o la parodia o juegos intertextuales y cambios de narradores, o analizar la polifonía en la narrativa de Cervantes, o para examinar la lengua referente a: refranes, palabras, locuciones, modismos, grafía, morfología, sintaxis. En ello se ha convertido la literatura; el mundo se encuentra

eternamente iluminado, resplandece bajo el signo de un triunfo descomunal que brindó el caballero de la Blanca Luna, cuya empresa la prosiguió las academias y los estudiosos que se encuentran en ellas. Allí transitan en gran medida aquellos “no lectores” o blancas lunas: maestros y doctores de literatura y letras, quienes por legado optaron, ser todo un Bachiller.

De igual manera bastaría mirar en qué se ha transformado la escritura. Un escritor de este tiempo de los que pululan e iluminan a todo su derredor: borra desaciertos, corrige gazapos y desaguisados, no obstante quien escribió el Quijote no. Él no corrigió, ni tacho, ni borró, por lo visto ni releyó lo que escribió. El escritor de oro más embrollado y despreocupado, quien en algunas ocasiones firmaba Cervantes en otras Cerbantes, o tomaba por igual mismo que mismo, fue el más descuidado prosista pero el más maravilloso escritor. ¡Qué fortuna que no hubiesen, en el siglo XVII, correctores de estilo! De lo contrario el Quijote no hubiera existido, pues con todos los puntos sobre las íes suprimidas, las comas que faltaron, los puntos seguidos o los dos puntos colocados mal y las vacilaciones que se cometió con el idioma, Cervantes hubiera sido considerado terrible escritor, un iluso que todo lo que escribió lo enmarañó. No es concebible el Quijote de la Mancha carente de aquellas inconsistencias gramaticales o sintácticas o sin la pérdida de Rucio que preocupó tanto a los editores y exegetas literarios. Quienes en ocasiones se tomaron el derecho de corregir a un escritor manco, flaco y envejecido, pero con el espíritu

más grande, más vastísimo que ha donado la literatura. Hubiera sido mejor, dicen, que Cervantes escribiera de esta forma, de esta otra o con estas palabras, dado que el lector se desorienta o el sentido de la oración se confunde ¡Qué carajos importa! ¿Quiénes son ellos acaso para colocarse a la altura de Cervantes? Por lo visto, no conocen la palabra respeto. Cervantes sí, aunque insultara por la boca del Quijote. ¡Qué maravilla! Trato de escuchar aquel inolvidable “hideputa” en francés, en alemán o en italiano y no lo encuentro ¿Cómo traducir aquella palabra la cual le pertenece sólo a nuestro caballero andante? ¿Cómo darle el mismo sentido, sonido y cuerpo? Todo lo que él dice es prodigioso y deslumbrante, incluso, sus insultos. Fascinante que puedo leerle en español Don Quijote y que hable este idioma.

Con cervantes, el Quijote se situó y vivió en el mundo de la prosa, mundo que no soportó el caballero de la blanca luna y al cual se resisten los descendientes que portan su legado, y ello fue en realidad lo que llevó a Don Quijote a la tumba. Un bachiller no soporta el mundo de la prosa como tampoco resiste la prosa del mundo, pero te moriste Don Quijote, y aquí ya no estás para defender aquel mundo alucinado e incierto de aquellos caballeros tartufos que quedan aún con el mismo ímpetu que, con honor salvaste de los azotes de su amo al pastor Andrés. Un bachiller no posee sentido del humor, por ello repudia la prosa y la ve inferior ¡Cuántas risas sutiles y carcajadas estruendosas sacaste y, a la vez lágrimas de alegría y de nostalgia que no pueden

distinguirse! Sansón Carrasco nunca sonrió puesto que, la razón no ríe ni se deforma con ese gesto vulgar; el no río pues su boca se encontraba colmada por la palabra del absoluto. Y así, después de tu muerte me es más intensa la añoranza por la prosa.

Flaubert, Dostoievski, Nabokov, Moliere, demás autores que por su parte también escribieron en prosa: difícil artesanía que difiere del lenguaje de todos los días. Es cierto, un bachiller nunca escribiría del modo “ordinario” o “habitual” que escribió Cervantes y hablaba el Quijote, eso es degradante e ínfimo para su escritura revestida de formalidades y eufemismos. Por ello, el Quijote era alguien que carecía desmesuradamente de cordura a los ojos del caballero de la Blanca Luna pues era, quien no fue nunca sensible a la prosa. De hecho la prosa es voz propia. Nadie es, ni hablará como tú, ni entablará aquellos diálogos, discursos, replicas e insultos de esa manera embrollada ¡Tu prosa es: rostro y voz tuya! Por el contrario, un Bachiller no es singular, un rostro propio no posee pues su escritura abunda en las academias, periódicos, revistas... Pensar ¿Cómo hubiere sido el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha narrado en la refinada y detallada prosa de Flaubert? Me es extraño. Tal vez Alonso Quijano hubiera sido una mujer, deslumbrada no por novelas de caballería sino por libros “rosas”, quizá además se hubiera convertido a Dulcinea en una “nínfula” la cual el Quijote perseguiría por toda la Mancha cabalgando a rocinante. Sin embargo el Quijote no sería posible en una prosa diferente de la de

Cervantes, ni siquiera en la de Flaubert, Dostoievski, Nabokov o Moliere: los grandes prosistas de la literatura universal. Cervantes fue elegido por el Quijote a pesar de su torpeza y descuidos, él quería ser narrado en español y no en ruso o en francés. Cervantes posiblemente no atesora una lúcida prosa, pero si el alma y el corazón más bondadoso de la literatura; sin él, ni Emma Bovary, ni Humbert Humbert, ni el señor Jourdain, ni Raskolnikov si hubieran existido.

Don Quijote fue y es considerado un personaje de ficción, dado que el Caballero de la Blanca Luna por abominar la prosa, le demostró al mundo que nunca nadie encontraría a un personaje como aquel en un castillo o una venta, de hecho, ni siquiera se le encontraría caminando por la calle, prueba que señala que Don Quijote sólo en el mundo de la prosa existió. ¿Por qué te moriste Don Quijote?! La ficción es, desde que apareció la Blanca Luna falsedad y embuste puesto que, se le aplica el punto de vista de la ciencia. No niego que Don Quijote pudiera no haber existido en carne y hueso. No obstante, olvidaste algo Bachiller. La vida no es sólo luminosidad: analizar y razonar; existe también, para algunos pocos como Don Quijote encontrarse con un libro y la seducción de sus palabras y escritura. ¡La experiencia de la lectura! Alonso Quijano no fue creado por osmosis o generación espontánea, sus orígenes se remontan a las experiencias de Cervantes. Si Don Quijote fue real y tuvo un original, se deduciría que en la realidad del mundo deberían existir personas como él. De no ser así, si nadie

del mundo real fuese como el Quijote, tiene que haber personas que la lectura del Ingenioso Hidalgo haya marcado huella tan recóndita que generaran creaciones de él; Don Quijote no es una simple ficción porque verdaderamente existe. ¡Gracias infinitas Flaubert, Dostoievski, Moliere!

Después de tu muerte, la experiencia con las grandes obras consideradas clásicas, ya no acontece. Con esto me detengo y trato de imaginar un Quijote en esta época desoladora ¡No! ¡No lo veo! ¡Rotundamente No! Hoy día hay son majaderos que se creen quijotescos o escritores. Aquellos que sienten encarnarlo: “locos”, “rebeldes”, “revolucionarios” “estudiosos” ¡No lo logran! dado que, son los primeros en rechazar todo tipo de valores, y también hay está tu muerte: el olvido. La gran empresa del caballero de los leones fue defender a los agraviados y socorrer a los menesterosos. El Quijote salía animado a buscar valores en las posadas, en el campo, en los pueblos... donde sospechaba que podían estar empolvados pero no los encontró ni halló; su convencimiento fue llegar a la urbe a la ciudad, a la desilusión y desolación humana: a su muerte. Es imposible ser como el Quijote y mucho más escribirlo, ya Pierre Menard lo intentó ¿Y qué sucedió? Fracasó. El Quijote sólo pudo ser escrito por Cervantes, un escritor popular del siglo XVII, por nadie más. Un escritor profesional de este tiempo busca componer un Quijote contemporáneo o moderno o posmoderno que sitúa a Alonso Quijano en París o Nueva York, o peor aún, lo afilian a regionalismos ¡Grandísimos bellacos!

El Quijote es de la Mancha y la Mancha está en todos lados.

El Quijote ha muerto: lo aniquiló el caballero de la Blanca Luna y Alonso Quijano desapareció físicamente. No obstante, esta muerte es la más terrible de todas, mostró que todo está perdido: una vida hecha pedazos y un mundo destrozado, ciego y sin memoria que lo va dejando atrás todo. El Quijote ha muerto, puesto que aquí, ya todos lo olvidaron.

